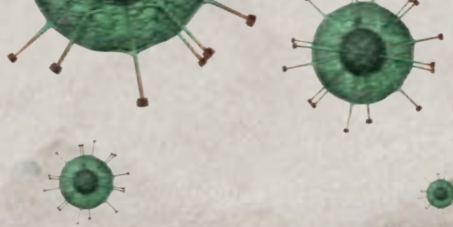


PANDEMIA BIZARRA





© 2020, Alejandro Rosas

© 2020, Julio Patán

Diseño de portada: Planeta Arte y Diseño / Eduardo Ramón Trejo

Ilustración de portada: Eduardo Ramón Trejo

Diseño de portadas de la colección: Music for Chameleons / Jorge Garnica

Fotografía de contraportada: © Blanca Charolet

Ilustraciones y collage: Eduardo Ramón Trejo

Diseño de interiores: Diana Urbano Gastélum

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: noviembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7161-3

Primera edición impresa en México: noviembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7150-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Alejandro
ROSAS

Julio
PATÁN

PANDEMIA BIZARRA

**LA CUARENTENA
QUE NO QUIERES RECORDAR**



 Planeta

ÍNDICE

EL AÑO QUE VIVIMOS EN PELIGRO 8

MI PANDEMIA: ALEJANDRO ROSAS 10

MI PANDEMIA: JULIO PATÁN 12

1 Llévelo, llévelo, bara, bara 14

2 Historia del alcalde y el ataúd 16

3 La silla embrujada 18

4 ¡Virgencita, plis! 21

5 Qué gusto de volverte a ver 24

6 Y es verdad, soy un payaso 26

7 Se rifan aviones 28

8 El planeta de los simios 31

9 Conspiracionitis 34

10 No beban cloro 36

11 Peque ahora, pague después 38

12 Aflójate el cinturón 41

13 El muerto al foso y el vivo al gozo 42

14 «Detente enemigo, el corazón de Jesús
está conmigo» 45

15 Se vende líquido de las rodillas 48

16 «¡Tubo, tubo, tubo!» 50

17 Una epidemia de bautizos 52

18 El arte del cubrebocas 54

19 Buscando un amigo para el
fin del mundo 56

20 Coctelería pandémica 58

21 El primer día del resto de
nuestras vidas 60

22 Nosotros los pobres,
ustedes los ricos 62

23 De dientes para afuera 64

24 La nueva normalidad 66

25 ¡Fue niña! 69

26 Tan bien que íbamos 70

27 ¡Ay, mis hijos! 72

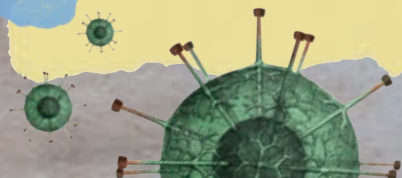
28 Nada detiene al amor 75

29 Sex symbol 76

30 Vive la vida loca 79

31 El Grito 80

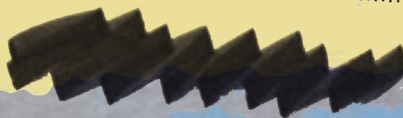
32 El privilegio de ser Bartlett 82





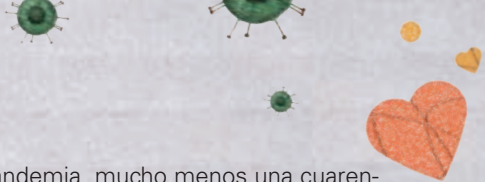
33 La no primera dama canta	85
34 El Buen Fin	86
35 El mesías brasileño	88
36 Las que usted guste, señor presidente	90
37 El castigo de Dios	92
38 Los marcianos llegaron ya	94
39 Cuenta hasta diez	96
40 El virus no existe	98
41 La fiesta covid del gabinete	101
42 Noche de graduación	102
43 El pararrayos	105
44 Viejos los cerros	106
45 El pez por sus dos bocas muere	109
46 La Santa Muerte vs. la Antorcha de Cristo	112
47 Ni muerto, ni de parranda	115
48 Susana Babich	116
49 Los incorruptibles	118
50 La desaparición de las momias de Guanajuato	120
51 Pégale al gordo	122

52 Los famosos hablan	124
53 Bomberito Juárez	126
54 El Rambo de la 4T	128
55 Un palacio en los cielos	130
56 Se ve, se siente, el narco está presente	132
57 El chiste se cuenta solo	134
58 El No doctor no doctor	136
59 La que se lleva se aguanta	138
60 Putla, pueblo mágico	140
61 El Mordisco Tour	142
62 Los idiotas de siempre	144
63 Una industria que sí prospera	146
64 «Y la fiesta comenzó»	148
65 El milagro del amor	151
66 Un líder de talla mundial	152
67 La ignorancia 1, la razón 0	154
68 ¡No! Con la esperanza no	157
69 Un premio para el presidente	160
70 #LadyIdiota	162
71 De mi casa para el mundo	164
72 El último tlatoani	167





EL AÑO QUE vivimos en PELIGRO



El 2020 agarró a la humanidad en fuera de lugar. Nadie esperaba una pandemia, mucho menos una cuarentena tan larga, ni un confinamiento 24 x 7 con la pareja, con la familia, con los hijos, con perros y gatos, o con la soledad. Nadie estaba preparado para el coronavirus, ni para hacer la cocina todos los días. Y como nadie lo imaginaba, el mundo entero cayó en una realidad bizarra permanente.

Un grupo de presidentes que fracasaron con todo éxito al enfrentar la pandemia; teorías de la conspiración que hacen palidecer a los terraplanistas; los remedios más insospechados, que incluyen desde ajos y cebollas hasta cloro y dietas veganas; bautizos, bodas, graduaciones y sepelios vía *streaming*... o no; teibols convertidos en restaurantes de comida rápida con baile incluido; temblores, erupciones volcánicas, ovnis, un meteorito que atraviesa el cielo de Monterrey y un huracán nivel 4; criaturas fantásticas como el hombre lobo o la Llorona en los pueblos mexicanos; Vírgenes sobrevolando los cielos de América Latina; guerra a muerte contra los cubrebocas; fiestas covid con todo y apuestas; centros comerciales repletos al levantarse el confinamiento; cursos en línea, conversatorios —infame palabra— y *webinars*; deportes en vivo pero sin público; la NBA —el basquetbol gringo— en una verdadera burbuja; los estadios vacíos, pero las tribunas llenas de rostros virtuales; conciertos, obras de teatro y películas *on line*.

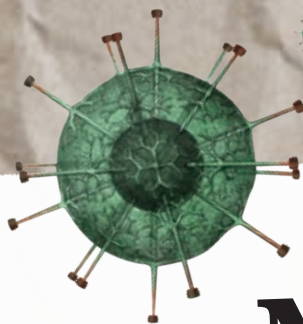
Y junto a lo que vivía el mundo, el México bizarro también pasó lista con la rifa del avión presidencial que no incluía el avión; la ceremonia del Grito sin gente en el Zócalo; el satánico doctor Gatell y sus cuentos chinos; la no primera dama inaugurando una exposición en París o demostrando que cantar no es muy lo suyo; el presidente que se defiende con estampitas religiosas y la fortaleza de nuestros ancestros, y que no cree en la ciencia ni en la tecnología porque son neoliberales; los diputados lambiscones; el Instituto para Devolverle al Pueblo lo Robado en el que roban; los premios de la rifa que nunca llegaron a los ganadores; el narco que puso un hospital covid y otorgó préstamos a la palabra; los abrazos, no balazos; la infame ley seca; las compras por internet y el «Cielito lindo» por las noches.

De todo esto y más trata este libro, que nació en una abominable reunión en Zoom, con hartó whisky y en pleno confinamiento. En la misma línea editorial de *México bizarro*, bajo la misma premisa de que lo absurdo es parte de nuestra cotidianidad, también, bajo la sombra del Señor de las Tinieblas, nuestro editor, Gabriel Sandoval, surgió la idea de no dejar que se pierdan todas esas historias de la pandemia que marcaron a la humanidad en 2020.

Así que bienvenidos a este mundo bizarro, el del año en que vivimos en peligro.

Julio Patán
Alejandro Rosas

Octubre de 2020



Mi PANDEMIA

Cuando mi querido Julio Patán dijo: «Estoy horneando un panqué de plátano» y el Señor de las Tinieblas, nuestro editor, comentó muy ufano: «Yo estaba horneando un panqué de naranja, pero la próxima vez creo que prepararé una gelatina de frutos rojos», pensé: «Chale, ya nos cargó la chingada».

Apenas comenzaba la pandemia y mis amigos ya habían liberado su lado femenino en grado superlativo; además era nuestro primer Zoom —no la chinguen—, ¿qué podía esperar para las siguientes ocasiones?: ¿consejos para evitar el cochambre?, ¿cómo hablarles a mis plantas?, ¿cómo planchar mis camisas?

Confieso que en un momento de dudas intenté seguir sus pasos, pero luego de que mi primer panqué terminó hecho un carbón me dije: «¿A quién quiero engañar?». Así que decidí hacer frente a la pandemia al más puro estilo Rosas: como todo un cavernario haciendo lo mínimo necesario para que mi departamento no pareciera una pocilga, bebiendo tantas veces como el cuerpo me lo pidiera y a la hora que me lo pidiera, en shorts —porque por fortuna nos tocó en primera instancia la maldita primavera y después el verano peligroso—, cocinando lo básico y declarándole la guerra a la puta cocina durante todo 2020 (prometo odiarla hasta la consumación de los tiempos). Mi único objetivo fue muy simple: sobrevivir, ya luego me preocuparía del mundo.

Como desde el principio estaba convencido —lo sigo estando— de que no nacería un mundo mejor de esta pandemia, ni la humanidad haría conciencia sobre sí misma y continuaríamos siendo ambivalentes, mostrando lo mejor y lo peor de nosotros, siendo mezquinos y egoístas pero también generosos y empáticos, ni para qué buscarle.

Si la humanidad no aprendió nada de la Segunda Guerra Mundial —a 75 años de su finalización—, el conflicto más devastador de la historia universal por el número de víctimas y la destrucción, ¿por qué debería ser distinto en esta ocasión? A lo mucho aprenderíamos a usar el cubrebocas y a lavarnos bien las manos, pero seguiríamos odiando, repudiando y siendo intolerantes, como lo dicta nuestra naturaleza.

Así que con la convicción de que no sería una mejor persona después de la pandemia, opté por no tomar cursos de nada, ni aprender idiomas, ni inscribirme a diplomados, ni a *webinars* —¡qué güevinar!—, ni intenté cocinar de nuevo, ni presté atención a las frases motivacionales que pululan en redes sociales —filosofía de banquetta, pues—, ni me conmoví con videos como en el que varios actores de Hollywood nos recetaron la peor interpretación de la historia de la canción «Imagine» o la mexicanísima imitación pero con «Cielito lindo» (sí, todo puede empeorar). Lo más que hice fue salir a caminar una hora diaria con Simur y Helga, mis compañeros de andanzas.



Creo que esta pandemia estaba hecha para mí: vivo solo desde hace 10 años y estoy muy a gusto; mis hijos ya son adolescentes y están en su rollo; he trabajado en casa desde 2002, así que solo me senté a contemplar cómo ardía el mundo, particularmente en redes sociales. Usé mil veces Uber Eats y Rappi, me comprometí con Netflix, Amazon, HBOgo, AppleTV y todas las plataformas habidas y por haber; me desvelaba, me despertaba muy tarde, a veces no me bañaba, organizaba mi propio karaoke con mis hijos cuando se quedaban conmigo y además tenía fe en que llegara el apocalipsis zombi, pero nunca se me hizo.

Mis únicos dos logros pandémicos fueron armar un set de *The Walking Dead* —para los conocedores, era la habitación de El Gobernador— y el Saturno V de 1969 piezas que lanzó Lego el año pasado para conmemorar los 50 años de la llegada del hombre a la Luna. Por lo demás, dediqué mi tiempo a hacerles compañía a los únicos extranjeros que me cayeron de perlas en esta temporada: Macallan, Bushmills y Talisker.

Enfermé de covid en el mes de agosto y sí, estuvo de la chingada, particularmente el dolor de cabeza y del cuerpo, pero no fue mi peor momento durante la pandemia. Confieso que sufrí, lloré, me angustié cuando Cosme, mi gato, se cayó entre la barda de mi condominio y la barda del vecino, y durante 60 horas no tuve noticias de él.

Por dos noches salí a los alrededores de mi departamento cual la Llorona, pero en vez de gritar «Ay, mis hijos», con la voz entrecortada gritaba «¡Cooooosme! ¡Cooooosme!», y cuando ya lo daba por perdido, finalmente regresó. Sufrí al más puro estilo de Sara García en cualquiera de sus películas de la época de oro del cine mexicano.

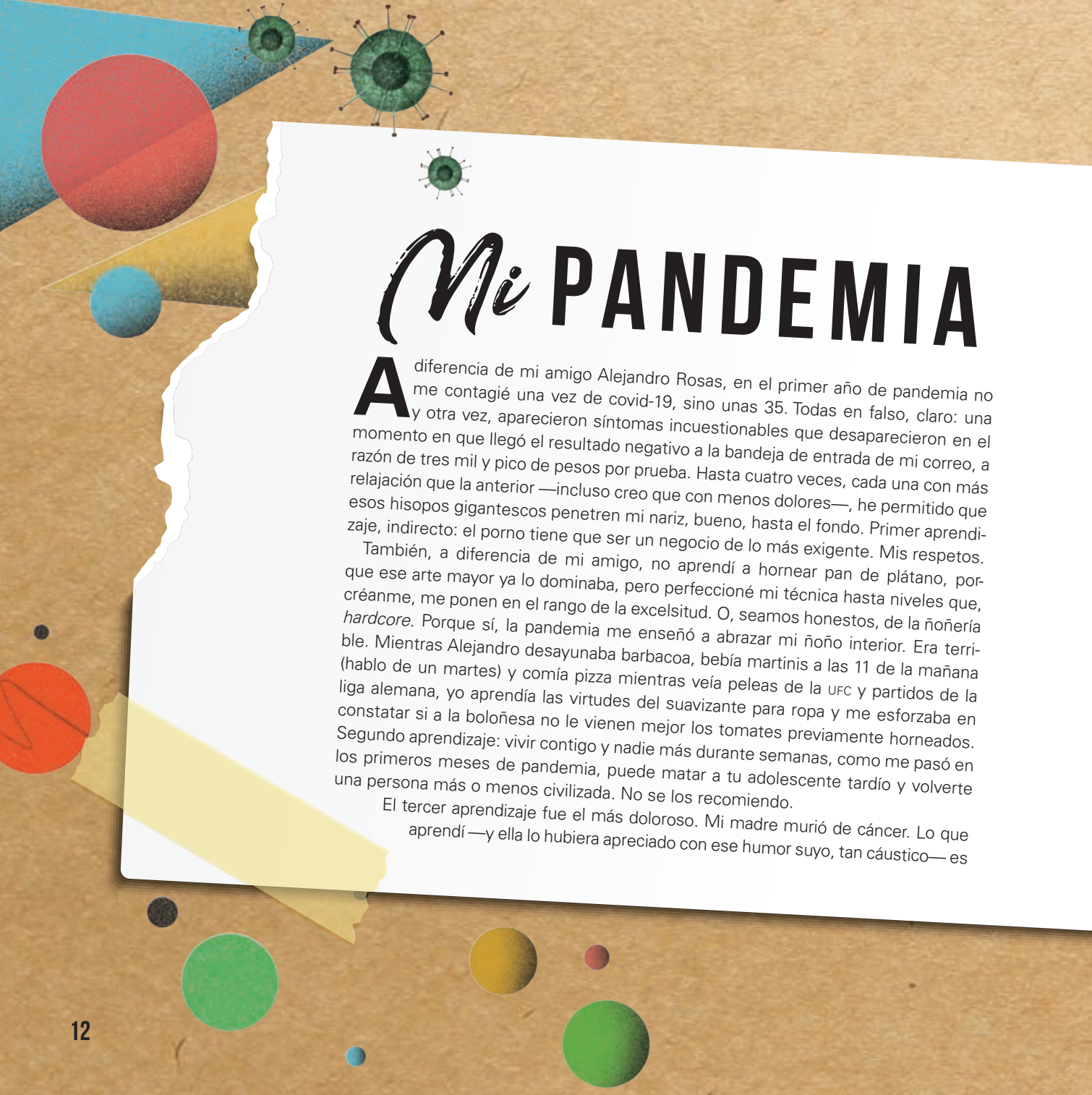
Cada uno ha vivido su propia pandemia y, es un hecho, todos hemos perdido algo, lo más grave: un familiar, un amigo, un conocido; lo menos dramático: un viaje, una oportunidad de trabajo, un amor; pero lo cierto es que nadie estaba preparado para esto y no ha sido fácil para nadie.

Yo no tengo queja; enterré familiares por causas ajenas al covid, apoyé a mis amigos que también sufrieron pérdidas; me he podido reunir con Patán y con el Señor de las Tinieblas acompañados por Susana Distancia —ahora cocinan para mí, yo siempre ganando...—; redescubrí a mi familia a través del Zoom, hasta que mi papá volvió a ser mi papá y un buen día dijo: «¿Para qué nos vemos tanto?».

Me preocupé cuando mi hermana y su familia enfermaron de covid, luego me tocó a mí y junto a eso el destino me sorprendió con varios proyectos que jamás hubiera imaginado que cuajarían ante la crisis económica que se avecina; pero además de todo, entre whiskys y tequilas, en una noche muy alcoholizada de Zoom, como ya es costumbre en nuestra historia, el Señor de las Tinieblas nos echó a andar a Patán y a mí, y nació este libro.

Quién sabe qué nos depare el destino, pero por lo pronto digamos juntos: «2021, sorpréndeme».

Alejandro Rosas



Mi PANDEMIA

A diferencia de mi amigo Alejandro Rosas, en el primer año de pandemia no me contagié una vez de covid-19, sino unas 35. Todas en falso, claro: una y otra vez, aparecieron síntomas incuestionables que desaparecieron en el momento en que llegó el resultado negativo a la bandeja de entrada de mi correo, a razón de tres mil y pico de pesos por prueba. Hasta cuatro veces, cada una con más relajación que la anterior —incluso creo que con menos dolores—, he permitido que esos hisopos gigantes penetren mi nariz, bueno, hasta el fondo. Primer aprendizaje, indirecto: el porno tiene que ser un negocio de lo más exigente. Mis respetos.

También, a diferencia de mi amigo, no aprendí a hornear pan de plátano, porque ese arte mayor ya lo dominaba, pero perfeccioné mi técnica hasta niveles que, créanme, me ponen en el rango de la excelsitud. O, seamos honestos, de la ñoñería *hardcore*. Porque sí, la pandemia me enseñó a abrazar mi ñoño interior. Era terrible. Mientras Alejandro desayunaba barbacoa, bebía martinis a las 11 de la mañana (hablo de un martes) y comía pizza mientras veía peleas de la UFC y partidos de la liga alemana, yo aprendía las virtudes del suavizante para ropa y me esforzaba en constatar si a la boloñesa no le vienen mejor los tomates previamente horneados. Segundo aprendizaje: vivir contigo y nadie más durante semanas, como me pasó en los primeros meses de pandemia, puede matar a tu adolescente tardío y volverte una persona más o menos civilizada. No se los recomiendo.

El tercer aprendizaje fue el más doloroso. Mi madre murió de cáncer. Lo que aprendí —y ella lo hubiera apreciado con ese humor suyo, tan cáustico— es

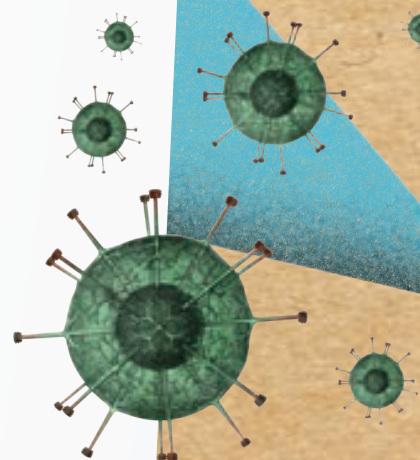
que uno, en esta pandemia, no tiene derecho ni a morir en paz. Como su cáncer era de pulmón, permaneció en aislamiento casi hasta el momento de su muerte, cuando llegó el negativo de covid. Luego, el bizarro pandémico en pleno: las funerarias saturadas, la lista de espera para la incineración que tiene que ser en solitario, asimismo, por precaución médica, el acta de defunción que se tarda semanas... Mi hermana Constanza y yo sorteamos todos los obstáculos, un poco por suerte, un poco por disciplina y un mucho por la calidez y la decencia de nuestro médico. Pero, ya les digo, uno ni morir en paz puede en estos tiempos. El día que fui a recoger sus cenizas descubrí que había incurrido en una omisión grave: en la urna, la urna de una mujer rigurosamente atea, radicalmente apegada al pensamiento científico, propiamente una comecuras, ocupaba todo un costado —y de hecho lo ocupa, porque no me he atrevido a tratar de quitarlo— un gigantesco, dorado, sufriente Cristo en la cruz.

Perdón, ma. Se me pasó decirles. Y es que, cuarto aprendizaje, este mundo cruel no es apto para despistados.

Pero tuve un aprendizaje positivo..., creo. Semana tras semana, mes tras mes, nos sorprendieron la negligencia, la terquedad, la falta de rigor científico de los encargados de enfrentar la pandemia en estas tierras. Sentimos en algunos momentos que éramos únicos, que México enfrentaba esta enfermedad como nadie en el mundo. Me equivoqué. No estamos solos. Este libro es posible porque el mundo, hoy más que hace algunos años, está gobernado por impresentables. A ellos, mi gratitud por estas páginas y, claro, solo por eso.

Al final, predeciblemente, mi pandemia sí ha terminado por parecerse a la de Alejandro en algo: los martinis mañaneros. A él y a todos ustedes les digo lo mismo: ¡salud! A continuación, con todos ustedes, el año que vivimos en pandemia.

Julio Patán



<<LLÉVELO, LLÉVELO, BARA, BARA>>

EN PLENA PANDEMIA, LA CÉLEBRE FRASE «VENDERÍAS A TU MADRE SI PUDIERAS HACERLO» ES CASI UNA REALIDAD EN EL MUNDO: EL CORONAVIRUS ES LO DE HOY.

ALEJANDRO ROSAS

“**P**ara las damitas, para los niños, para la suegra, el abuelo o la novia, aquí su recuerdo», y así, por diez pesitos te llevas tres coronavirus en su presentación de hule para entretener a las criaturas en casa y jugar a que se contagian unos a otros.

Es posible que no pase mucho tiempo antes de que la tradicional matatena sea sustituida por estas pequeñas figuras del virus que nos tiene asolados a todos, y entonces podrías tratar de agarrar el mayor número de coronavirus antes de que la tradicional pelota rebote en el suelo.

A la oportunidad la pintan calva. Y a pesar de que los hombres de ciencia todavía no tienen idea de cómo hacerle frente al covid-19 y avanzan al tanteo, los emprendedores —típico término mamalón del siglo **xxi**— ya le ganaron la partida a la pandemia y están haciendo buenos negocios, mientras que mi socio Patán y un servidor escribimos libros.

De los creadores de la «manteconcha» o las conchas rellenas de chilaquiles, pastor o cochinita pibil, llega hasta las mesas mexicanas la «conchavirus». Como si fuera un virus de laboratorio, este tradicional pan nació en los hornos de la panadería Juanito —no podía llamarse de otra forma—, en Iztapalapa, con todo y su extraordinario lema publicitario: «La conchavirus es la vacuna, llévate una». Y como no puede faltar una razón de peso para reinventar el negocio en tiempos de crisis, Beatriz Rivas, la

encargada, afirma con certeza científica que inventaron la conchavirus para crear conciencia entre la gente acerca de la enfermedad.

Si la tradición panadera mexicana lo hizo, ¿por qué la industria piñatera no? Como en México no hay personaje que no termine convertido en piñata —de Trump a López Obrador, de Yalitza Aparicio a Sarita, la hija de José José, del impresionanti Zaque a Javier Duarte o Salinas de Gortari o Peña Nieto, y hasta el subse Hugo López-Gatell y la sensual Susana Distancia han quedado inmortalizados—, la tendencia primavera-verano-invierno en el mundo piñatero ya tiene entre sus filas al coronavirus para las fiestas infantiles y reuniones familiares.

Hay varios modelos, diferentes tamaños, distintas presentaciones; algunas incluyen una imagen animada de un chino para recordar que esta maldición llegó del Lejano Oriente. Sin embargo, queda la pregunta: ¿la piñata se podrá romper a través de Zoom, Skype o FaceTime? Porque de otro modo el «dale dale dale / no pierdas el tino» tendrá que esperar a que termine el confinamiento, allá por el año 2057.

La mercadotecnia no tiene límites o «el límite es tu propia imaginación» —frase también malalona posmoderna—, y es que en momentos



“
«ME DIO CORONAVIRUS,
PERO TENGO PAPEL
DE BAÑO», «EL
CORONAVIRUS ARRUINÓ
MI CUMPLEAÑOS /
GRADUACIÓN / BODA /
SEPELIO» O CUALQUIER
OTRO EVENTO QUE SE
LES OCURRA, O BIEN
«CORONA VIRUS 2020
WORLD TOUR».

pandémicos así no podían faltar las camisetas con frases y diseños súper ultra originales, como «Me dio coronavirus, pero tengo papel de baño», «El coronavirus arruinó mi cumpleaños / graduación / boda / sepelio» o cualquier otro evento que se les ocurra, o bien «Corona Virus 2020 World Tour». Esta tradición de «una camiseta que diga» no tiene desperdicio.

Però el llamado «ingenio mexicano» no solo es mexicano, también existe en otras latitudes, y como el negocio es el negocio y la pandemia es universal por definición, la marca de juguetes Mattel lanzó al mercado su colección #Thank-YouHeroes, con 16 figuras de acción que harían palidecer a Iron Man, Capitán América, Thor o a Batman y Superman. Sí, los nuevos héroes son todo el personal de la salud: médicas y médicos, enfermeras, paramédicos y todos aquellos individuos que se la rifan en los hospitales. Es una serie limitada y de colección que al parecer se agotó desde finales de mayo de 2020.

Alimentos, piñatas, juguetes, camisetas, ¿por qué no peluches? Sí, claro, pero mejor, ¿por qué no una empresa como GiantMicrobes?, que desde hace años fabrica juguetes que tienen relación con microbios, enfermedades y células —ya tienen 250 juguetes «con un sentido del humor saludable»—, y bueno, ahora ya lanzaron el primer peluche del coronavirus para que niños y niñas duerman felices, abrazados a su covid-19 todas las noches.

En tiempos de pandemia es un hecho: «venderías a tu madre si pudieras hacerlo».

La idea de que «las autoridades tienen que poner el ejemplo» es dudosa: implica justamente que son «autoridades», no funcionarios públicos contratados por nosotros, la ciudadanía, y que deben tener una especie de estatura moral por encima de la media, como padres benevolentes y generosos con su grandeza. La verdad, no. El funcionario, como tú, lector, como nosotros, como cualquiera, lo que tiene que hacer es respetar las leyes, acuerdos, normas, disposiciones.

Cosa con la que francamente luego nos quedan a deber, en todas partes. En México, sabemos, tenemos un presidente que se va de gira en el pico pandémico, se niega a usar cubrebocas y —ya que estamos tan bien— el gel antibacterial, antes de, por ejemplo, compartir micrófono en las conferencias mañaneras. Ahí tienen a Jair Bolsonaro, otro que anda por su país, Brasil, entre multitudes, a boca descubierta, metafóricamente y no: lo

mismo dice que lamenta los muertos por la pandemia, pero que bueno, «es el destino que nos espera a todos», que se mete a una muy concurrida protesta —a una protesta, sí, leyeron bien— en modo AMLO: sin cubrebocas, físicamente. Cómo

sorprenderse de que se haya contagiado. Pero ninguna figura política, mayor o menor, puede presumir una historia como la de Juan Urbina Torres.

Juan es alcalde de Tantará, por allá por los Andes peruanos. Perú aplicó medidas de confinamiento bastante estrictas: las salidas de casa se permitían solo por unos cuantos motivos —aprovisionarse de comida, atención médica—, entre los que no se contaba

irse a echar trago con los amigos. Pues justamente a eso, echar trago, es a lo que se dedicó el señor alcalde con unos cuantos camaradas aquella noche de mayo, en un almacén, hasta quedar, si permiten la expresión, *sellados*.

El grupo de enfiestados violaba así, al menos, dos disposiciones: respetar el toque de queda y mantener el «distanciamiento social», motivo suficiente para ser detenido. Y eso, detenerlo, es lo que se dispuso a hacer la policía, que se presentó cumplidamente en el almacén. ¿Qué hizo Urbina? Hay

una foto que lo ilustra claramente. Sin quitarse la mascarilla, se acostó boca arriba, los brazos cruzados, en posición de muerto, en un ataúd que estaba en el lugar. De poco le sirvió. Vivo, pero tal vez con ganas de morirse, pasó la cruda entre rejas.

HISTORIA DEL ALCALDE y el ataúd

EL SEÑOR ALCALDE DE TANTARÁ, EN
PERÚ, NOS OFRECE AQUÍ UN TRUCO
PARA EVADIR A LA POLICÍA.
SPOILER ALERT: NO FUNCIONA.

JULIO PATÁN

